

EL PROFESOR Y SU TIEMPO LIBRE



Por
FERNANDO PARIENTE

**La profesión de enseñar:
Moneda devaluada**

Formación permanente

**La coordinación
del equipo docente**

MAS de ocho millones de niños se incorporarán a sus clases, al mismo tiempo que este número de **Padres y Maestros** salga a la calle. Muchos han disfrutado de unas largas vacaciones y vienen ya cansados de tanto descansar y divertirse. Es sentir bastante generalizado que también los profesores se reintegran a sus tareas profesionales justamente en estas fechas, un par de días antes de que los niños abarroten las aulas, cansados, también, de tanto holgar.

«No es una profesión, la tuya, ni estimada, ni bien pagada —me decía recientemente un amigo de los viejos tiempos— pero, desde luego, no os podéis quejar de vacaciones: casi tres meses en verano, además Navidad y Semana Santa, después algún que otro puente a lo largo del curso... y, últimamente, os permitís el lujo de una huelguita de vez en cuando... Total, que casi descansáis más que trabajáis».

Me parece que no necesito decir que la opinión de mi amigo no fue, precisamente, de mi agrado; pero hube de agradecerle la franqueza, porque su modo de pensar refleja fielmente la opinión común: la única función del maestro es dar su clase y por lo tanto sólo debe trabajar cuando la gente menuda anda por la escuela... Lo demás, ancha es Castilla y ancho es el mundo para holgar y divertirse... o para buscar un «apaño» complementario de las menguadas arcas familiares, que de todo hay en la viña del Señor.

Por eso mi amigo de la infancia se extrañó mucho cuando yo afirmé que se equivocaba en eso de las vacaciones, por lo menos en lo de las vacaciones de verano, o, más concretamente, mis vacaciones de verano. Cuando le dije que las había comenzado el día 13 de julio y que me reincorporaba al trabajo el 18 de agosto, gracias a que este año el día 16 caía en sábado, mi amigo compuso un gesto de extrañeza y dijo: «Pero, bueno, ¿para qué quieren que estéis allí un mes entero sin los niños!». Y en su tono había mucho de indignación contos!». Y en su tono había mucho de indignación contra lo que le parecían absurdas exigencias empresariales.

Creo que me puse a explicarle la cantidad de cosas que se pueden hacer, las que se tienen que hacer y las que se deberían hacer, si, en realidad, un profesor tuviera más tiempo de trabajo sin niños. Me temo que a mi amigo le acabó aburriendo la conversación y no se enteró de casi nada.

La profesión de enseñar: Moneda devaluada

ESTA anécdota es trivial porque refleja algo sabido ya de todos, unos usos y costumbres admitidos por la sociedad y que están de acuerdo con la forma de pensar más general, incluso entre los propios profesionales de la enseñanza; la tradición de nuestros mayores lo confirma así y la actuación del Estado en sus propios centros refrenda la situación. Solamente algunos centros privados, porque laboralmente están sometidos al Ministerio de Trabajo en lugar de al de Educación, se han atrevido a imponer a sus profesores el período de vacaciones estivales de un mes, establecido para el resto de los trabajadores de la nación.

A mí, sin embargo, la anécdota me ha servido para reflexionar y para comprobar la pobre idea que nuestra sociedad tiene de lo que es una escuela, lo poco que pide y exige de ella y la devaluada imagen que la profesión de docente ofrece. No quiero insistir ahora otra vez en lo que ya he afirmado repetidas veces en esta sección sobre el mejor modo de redimir el duro oficio de enseñar, dignificándolo e insistiendo en el rigor de una profesionalidad cada día más comprometida y exigente. Sí me gustaría, sin embargo, divagar, aunque fuera breve y superficialmente, sobre alguna consecuencia que se desprende de esta forma de pensar y de actuar.

Lo que obviamente se deduce de esta praxis educativa es que para nuestra sociedad la función de enseñar es una tarea que no exige preparación específica y que tampoco exige coordinación entre los que la realizan. Para enseñar algo, lo único que verdaderamente hace falta es saberlo; así que el profesor, una vez que sabe lo que hay que enseñar, sólo tiene que presentarse en clase, soltar su rollo... y todos tan contentos. Como además en esto

de enseñar cambian cada año las caras que uno tiene delante, pero los pupitres no cambian... y los que se tiene que enseñar, naturalmente, tampoco parece que ya no hay nada que se le pueda decir a uno después de tantos años de experiencia.

Guiados por esta filosofía, aquí empezamos muchos por no tener durante la formación ninguna preparación didáctica específica. Sólo las Escuelas de Profesorado de EGB comprenden en su curriculum materias destinadas a este objetivo. Pero todos los profesores de BUP, COU, Formación Profesional y carreras medias y superiores carecemos de la iniciación pedagógica y didáctica más elemental.

Hasta hace poco tiempo se pretendió paliar el problema con el añadido postizo de los cursos del CAP (Certificado de Aptitud Pedagógica) que impartían los ICE de cada Universidad; pero este remiendo de última hora no fue nunca más que eso, un remiendo de eficacia muy relativa.

Sin embargo, es necesario saber enseñar, y esto es una tarea que no puede dejarse a la intuición personal, a la habilidad natural congénita, como si de un don especial se tratase, imposible de adquirir con el estudio y el trabajo. Aquello de que «el poeta nace, no se hace», no es aplicable al caso; las dotes naturales se potencian con una técnica adecuada... y la falta de dotes naturales se comprendan dignamente con ella.

Si partimos, por tanto, de una situación básica deficitaria, es necesario que los centros educativos se preocupen por remediar esta situación. Difícilmente se puede contar con un tiempo mejor para obtener este objetivo que cuando se puede conseguir la presencia continuada en el centro de todo el profesorado, libre de una dedicación inmediata a los alumnos.

Formación permanente

TAMBIEN es una necesidad inexcusable del profesor el estar alerta en todo lo que toca a su especialidad para conservar siempre al día su puesta a punto. Cada año hay algo que aprender, una técnica nueva que compartir, una experiencia que ver. Se necesita estar toda la vida aprendiendo, de

ahí la necesidad de comunicación, de un número abundante de revistas profesionales, de intercambio continuo de experiencias y métodos nuevos a través de congresos de múltiples especialidades. La educación debería tener establecidos sistemas de comunicación continua y de avance y ensayo de nuevos modos y horizontes. En países más ricos culturalmente que el nuestro, esto ya existe e incluso en el nuestro, desde la Ley de Educación de Villar Palasí, han florecido los cursos, destinados sobre todo al refuerzo de la preparación de los maestros que podían acceder a niveles de enseñanza más altos que en legislaciones anteriores.

Los últimos años, los de la democracia, han visto además surgir por todas las provincias de la geografía hispana decenas de *escuelas de verano* en las que, con la espontaneidad de la vida misma, se mezcla lo profesional con lo político, la concienciación ideológica con lo que constituiría un auténtico reciclaje; de cualquier forma, estas iniciativas están contribuyendo a que se contagie una aura de renovación e interés por el cambio. Sin embargo, todavía no han cuajado asociaciones estrictamente profesionales que reúnan a profesores de una misma materia, al estilo de las que funcionan en varios países.

Sea como sea el trabajo específico del profesor pertenece a una tarea de formación remota y permanente tan importante como la misma de impartir la clase y para realizar esta tarea necesita un tiempo adecuado en el que debe estar liberado de la presencia de los niños. Las largas vacaciones tienen que servir no para la holganza del profesor, sino para la puesta al día continua... Los actores ensayan, los deportistas entrenan, antes de los planos definitivos siempre se hace uno, dos o tres proyectos. Para todo hay su tiempo de preparación y su tiempo de ejecución y, en funciones, como la de educar, tan importantes para la sociedad, la preparación es todavía más necesaria.

En los últimos años, sin embargo, ha ocurrido algo curioso. Los profesores hemos ganado vacaciones: los sábados libres, los días de asueto de Navidades y Semana Santa igualados a los de los alumnos. Nuestra actividad laboral casi coincide exactamente ahora con el calendario escolar de los niños. Esto ha ocurrido porque en las luchas sindicales, alguna central ha caído en la trampa de conformarse con un poco menos de sueldo por un poco más de tiempo libre. ¡Como si en el

tiempo libre no hubiese que comer y la sociedad española no necesitase este trabajo en ese tiempo!

La coordinación del equipo docente

A PARTE del problema de la preparación existe el de la necesaria coordinación del equipo docente de un centro escolar. Probablemente no se llegue nunca a una coordinación profunda sin la participación debida en la gestión y en la organización. Cuando todo viene decidido de arriba no hay más que acatarlo y la coordinación es un mero problema de capacidad del que manda y decide. La vida escolar, sin embargo, no acepta este sistema monolítico; por eso es necesario participar y coordinar.

¿Pero cómo puede ser esto posible si para esta función trascendental no quedan más que algunas migajas de tiempo que no sirven para otra cosa? Durante el curso el tiempo es para dar clase. ¿Qué mejor muestra, para testificarlo, que la actual Ordenanza Laboral? Se establecen allí 33 horas de trabajo semanales, de las cuales 28 serán lectivas, esto es, horas de clase; el resto, 5 horas a la semana para preparar las lecciones, corregir ejercicios, evaluar, realizar entrevistas con los padres y con los alumnos, coordinarse con otros profesores... ¿Cómo puede hacerse nada serio así? Con esta disponibilidad de tiempo, ¿cómo pueden montarse los departamentos —de lenguajes, de ciencias, de matemáticas, de idiomas, etc.— y cómo pueden coordinarse los equipos de educadores de un curso o de un sector?

Creo que este es uno de los problemas más graves de nuestro sistema educativo. Educar es una función coordinada y de equipo... Nunca puede ser el resultado aleatorio de gentes que pasan como estrellas fugaces, por brillantes que sean, por el firmamento de un niño. Hay algunas dificultades ideológicas que obstaculizan este proceso: una desenfocada concepción de la libertad de cátedra es la principal. Pero el obstáculo mayor es la falta real de tiempo para proyectar, discutir y programar en común por toda la escuela un proyecto educativo general y la praxis de cada día.

Si ni siquiera se puede emplear parte del verano para eso...